

Pero lo que jamas hubiera podido esperarse de un pueblo que habia sido tenido hasta entónces por el más civilizado del mundo, es decir, el más respetuoso para con las mujeres, es la brutalidad que desplegó entónces contra las mujeres afectas al Catolicismo; por lo demas, esto era lógico. La civilizacion no es otra cosa que el reflejo del Cristianismo; una vez abatido el Cristianismo, no podia haber civilizacion; la barbarie debia seguir, es decir, la crueldad con la mujer.

Se sabe que en Tolosa las hermanas de caridad, ántes de ser asesinadas ó arrojadas de la ciudad, fueron azotadas en público por los mismos cuyas enfermedades habian curado y cuyos hijos habian educado. ¡Este era todo su crimen! Las ursulinas de Valenciennes fueron conducidas al suplicio con las manos atadas á las espaldas, como insignes malhechores, sin tener más vestido que una camisa y un zagalejo. Respecto á las carmelitas de Copiégné y las cuarenta y dos santas religiosas de Orange, se contentaron con llenarlas de ultrajes ántes de degollarlas. (Carron, *Les confesseurs de la foi*, etc.) En la Vendée, la tierra clásica de la fe y de la verdadera libertad, el número de las mujeres martirizadas y de los tormentos que les hicieron sufrir es superior á todo cálculo y á toda idea. Las encerraban en ciertas casas, á las que prendian fuego, y estos autos de fe se repitieron en aquel país, por espacio de muchos años, con una horrible sangre fria.

Mas, así como en estas cobardes matanzas de mujeres apareció la revolucion más horrible que nunca, el Catolicismo apareció, por el contrario, más bello y más divino. Aquellas augustas víctimas del odio, de la incredulidad contra la verdadera fe, consumaron su sacrificio con la misma grandeza de sentimientos con que los antiguos mártires consumaron el suyo. Ni una sola queja salió de sus labios contra la injusticia de sus jueces ni contra la brutalidad grosera de sus verdugos. Sus últimos acentos eran acentos de bendicion á Dios y de amor y perdon á los hombres, autores de su muerte. Respecto á las religiosas en particular, miéntras las tenian en prision, su amor á su estado les hacía convertir su calabozo en claustro; y sin dejarse distraer por las invectivas de sus carceleros ni por los horribles gritos de muerte que un populacho ébrio de furor y sediento de sangre cristiana hacía resonar en torno de la prision, ellas pasaban el dia, desde las dos de la mañana, cantando

con una voz angelical las alabanzas del Señor. Se acusó á las hijas de Santa Teresa de haber ocultado armas en su convento de San Dionisio. Su superiora, por única respuesta, mostró la cruz que aquellas santas religiosas llevaban consigo, diciendo: «Ved aquí las únicas armas que hemos tenido siempre en nuestra casa, y no se nos podrá probar que hayamos tenido otras.» En muchos lugares las encerraban en las prisiones, donde se hallaban hacinados muchos hombres tenidos por culpables, y contra quienes se habia pronunciado la sentencia de muerte. Pues bien, aquellas heróicas vírgenes, tan celosas como puras, convertian estas antecámaras de la muerte en teatro de un verdadero apostolado para con sus compañeros de desgracia, condenados al último suplicio. Allí, esperando á cada momento pasar ellas mismas por el filo de la guillotina, su primer cuidado era implorar la divina misericordia para aquellos que participaban de sus cadenas, y de cuya muerte iban á participar ellas. Ellas fortalecian á los débiles, instruian á los ignorantes, alentaban á los cobardes y consolaban á aquellos que se veian poseidos de la desesperacion. Habiendo visto una de ellas al padre de una numerosa familia sumergido en este abismo, á la sola idea de tantos huérfanos como iban á quedar por su muerte, permaneció una hora entera en cruz, pidiendo á Dios con el fervor de un ángel que salvase á aquel infortunado de la mayor de todas las desgracias, que es la de morir sin esperanza. La oracion de aquella santa mujer fué oída, y el desventurado padre acabó su vida en los sentimientos de la resignacion cristiana. ¡Oh, cuán hermoso era ver, en aquellos lugares de horror, á los hombres más profundamente abatidos cobrar ánimo y nueva fuerza, á la voz consoladora de aquellos ángeles visibles, y ofrecer generosamente, á ejemplo de ellas, el sacrificio de su vida! Donde quiera que se encontraban aquellas grandes almas, apénas habia ningun sentenciado que no fuese ganado para el cielo; porque no era posible resistir á la dulce uncion de sus palabras y al ejemplo de su piedad, de su tranquilidad y de su deseo de morir por Jesucristo.

Se las llamaba una á una á la audiencia del tribunal revolucionario, que terminaba siempre con una sentencia de muerte, y cada una de ellas estaba impaciente porque la llamasen la primera. Esta era la única cosa por que tenian ambicion y cuya preferencia se disputaban. Un dia llamaron á las dos hermanas Roussillon, y no

condenaron más que á una de ellas. «¿Cómo, hermana mia, exclamó la otra, vas al martirio sin mí? — No pierdas la esperanza, le respondió la sentenciada, tu sacrificio no tardará mucho tiempo.» Así, pues, aquellas cuya sentencia no habia sido aún pronunciada, seguían con el deseo á aquellas á quienes la muerte habia coronado ya en el cielo. En vez de orar por ellas, se encomendaban á ellas, y pedían á Dios, por su intercesión, la gracia de imitar tan bellos modelos y de ser asociados á su triunfo.

Cuando se les hacía saber que al día siguiente serían sacrificadas muchas de ellas, se reunían para celebrar su última cena, y decían, llenas de gozo: «Mañana esperamos renovarla en el paraíso.» Ó bien: «¡Qué día tan hermoso se nos prepara! Mañana se nos abrirán las puertas del cielo; vamos á gozar de la felicidad de los santos.» Y todos los espectadores vertían lágrimas de confusión ó de admiración al contemplar esta resignación celestial!

Algunas de ellas oyeron la voz terrible que las llamaba al suplicio en el momento en que iban á reunirse para orar. «Esto es muy sensible, dijo una de ellas, porque todavía no hemos rezado vísperas.—Las rezaremos en el cielo», respondió otra. Sor Rosalía Bes, en el momento en que la llamaron para ir al patíbulo, sacó de su bolsillo una cajita llena de dulces, y los distribuyó entre sus compañeras, diciéndoles: «¡Estos son los dulces que yo habia reservado para este día de mis bodas!» Al subir otra jóven á la fatal carreta, dijo á sus guardias: «Debemos estar más agradecidas á nuestros jueces que á nuestros padres; porque éstos no nos han dado más que una vida temporal y perecedera, y aquéllos nos proporcionan una vida eterna.» Uno de los guardias, al oír estas palabras, se conmovió hasta derramar lágrimas, y otro tomó la mano de la mártir y la besó con la devoción con que se besa una reliquia. (Carron, etc.)

Cuando se acercaba el momento de su ejecución, rezaban ellas el oficio de difuntos y las oraciones de los agonizantes, y después subían alegres á la carreta de la muerte ó se dirigían á pié al lugar del suplicio, cantando en alta voz los salmos de Laudés y el *Te Deum*. El más profundo silencio reinaba ordinariamente en su tránsito, á pesar de la turba inmensa que las rodeaba. No se oía más que el cántico de las víctimas y algunos sollozos de los espectadores, á quienes este tierno espectáculo conmovía hasta el fondo de

su alma. Algunas veces ciertos gritos feroces de sangre, acompañados de injurias, se mezclaban á sus voces melodiosas, que cantaban las alabanzas del Altísimo, y ellas, por toda respuesta, no hacían más que bendecir al Señor «porque las habia juzgado dignas de padecer por su nombre», y pedían por sus cobardes perseguidores. Cuando llegaban al pié del cadalso, se arrodillaban y pronunciaban todas unidas, con voz inteligible, la fórmula de sus votos, y entonando el *Veni, Creator Spiritus*, se entregaban al verdugo, y un momento después la Iglesia tenía nuevas mártires, el cielo nuevos ángeles y la Francia nuevas patronas. Con estas heroicas disposiciones, que sólo la gracia del Evangelio puede inspirar, todas aquellas nobles esposas del Cordero divino embellecían con su propia sangre las blancas vestiduras de su inocencia y de su virginidad, y volaban á los brazos de Dios. Ni una sola de ellas manifestó turbación ó tristeza en los últimos momentos, ni una sola de ellas empañó con una palabra ó con un signo ménos perfecto el brillo de su corona. ¡Ah! Que al lado de crímenes espantosos, los días del terror hicieron brillar virtudes sublimes. Aquel fué el triunfo de la impiedad por una parte, y el triunfo del Catolicismo por la otra. Jamás, desde su origen, se habia mostrado más grande, más poderoso ni más majestuoso, y las mujeres fueron las que dieron este brillante testimonio de su verdad y de su divinidad.

Al lado de los doscientos mil mártires, que serán la gloria eterna del noble clero de Francia en los anales de la Iglesia, tuvo éste que lamentar un gran número de apóstatas salido de su seno. Sacerdotes, monjes y aun obispos afligieron entónces á la Iglesia, y profanaron la santidad de su carácter con el olvido de sus juramentos y por sus matrimonios sacrílegos. Mas en cuanto á las religiosas, á quienes la incredulidad habia representado como víctimas de una superstición bárbara, que gemían en las prisiones sagradas por la pérdida de su libertad, y que deseaban con todo su corazón salir de ellas, fué necesario arrancarlas por la fuerza de sus pretendidas prisiones.

Ningun prisionero se ha alegrado tanto por su libertad como aquellas sublimes hijas de la Iglesia se entristecieron por la suya, y el mentís dado á los detractores de la vida religiosa fué terminante y completo. Aquellas que sobrevivieron á los días del terror continuaron en sus casas particulares su vida angelical y sus ejer-

cicios del claustro. No sabemos que ninguna de ellas abjurase la santa profesion de la virginidad, que formaba su gloria y su felicidad, ni que despreciase sus terribles votos para colocar en su corazon el mundo en el lugar del cielo y el hombre en el lugar de Dios (1). En una palabra, el hombre católico, en aquella época de licencia y de impiedad, fué ciertamente grande, pero sólo la mujer católica fué sublime.

§ LXX.—La mujer francesa y los cultos fabricados por la revolucion.—Apostolado de la mujer católica en aquella época.—Por la influencia de la mujer fué restablecido el Catolicismo en Francia por Napoleon I.—El Catolicismo combatido de nuevo bajo la restauracion, y sostenido siempre por la mujer.—Francia debe á las mujeres haber permanecido católica.

Al mérito de haber dado un testimonio tan brillante al Catolicismo, unió la mujer católica el mérito de haberlo conservado en Francia.

La mujer, como hemos visto ya, habia contribuido mucho al inmenso trastorno del orden religioso, político y social que se llamó «la revolucion francesa», por el favor que habia concedido neciamente á las doctrinas anticristianas, que fueron la causa de él. Mas cuando ciertos hombres, tan insensatos como impíos, quisieron imponerlas á la Francia, y formar de ellas su religion, la mujer francesa se separó de ellos. Ella no pudo jamas acomodarse á la religion de

(1) El mismo fenómeno se vió en Italia, en Bélgica y en España, en la época de la supresion violenta de las corporaciones religiosas. Algunos monjes violaron sus votos, pero las religiosas no tuvieron apóstatas: sólo tuvieron mártires. Por lo demas, este fenómeno es muy antiguo. En los primeros siglos del Cristianismo, entre las personas que durante la persecucion abjuraban, al ménos exteriormente, la fe, por librarse de los tormentos y de la muerte, se veian hombres, sacerdotes y aún obispos, pero ápenas se veian mujeres. El número de las mujeres apóstotas, aún en aquellos tiempos en que el Cristianismo no habia echado todavía profundas raíces en los espíritus y en los corazones, fué casi nulo. Esto consiste, lo repetimos, en que, por regla general, la mujer ha sentido mejor que el hombre la verdad, la grandeza, la belleza y los encantos de la religion cristiana, y de ahí nace esa completa abnegacion con que se ha unido á ella, de ahí sus esfuerzos para sostenerla, su celo por propagarla, su constancia en defenderla, su valor en sacrificarlo todo á ella, aún la vida misma. *

la *constitucion civil del clero*, y mucho ménos á la religion de la *diosa de la Razon* y de la *Teoflantropía*. Ella rechazó siempre esas pretendidas religiones, y por el pronto prefirió la nada á ellas. Se le habia prohibido el domingo, y ella no admitió la *década*; se le habia quitado la misa, y no admitió las ceremonias ridículas (cuando no eran sangrientas) de las fiestas nacionales. Se le habia arrebatado su Dios, y ella dijo: «Pues bien, más bien nada que el Cristo de Jansenio, la diosa de Danton y el sér supremo de Robespierre.» Y estas extrañas divinidades sólo encontraron diaconisas entre las mujeres pagadas *ad hoc* por la policia, y sólo tuvieron devotas entre las prostitutas. Y por esta razon, no habiendo podido introducirse en las familias estos nuevos cultos, estas creaciones monstruosas del orgullo, del desenfreno, del delirio y de la fatuidad, no pudieron establecerse tampoco en el Estado. Todos los poderes públicos que en este triste período se sucedieron en Francia, á pesar de los esfuerzos que hicieron para conseguir este objeto, á pesar del hacha de los verdugos, que les servía de cetro, y el furor del asesinato, que era toda su política, fueron impotentes y fracasaron completamente ante la oposicion de la mujer. Ante esta oposicion, todos los artificios de la seduccion y todas las amenazas del terror, del fanatismo y de la crueldad ápenas pudieron dar algunos dias de existencia á los cultos oficiales, pero no pudieron impedir que, despues de haber nadado por algunos instantes en sangre, espirasen y desapareciesen entre el fango. De modo que á la mujer debe Francia no haber perdido en la religion del cisma, del deísmo ó de la más asquerosa idolatría, que la impiedad, en el colmo de su demencia, le habia otorgado sucesivamente en medio de sus orgías de sangre y de voluptuosidad.

Mas no es esto todo. El clero, disperso, desterrado ó degollado en masa, habia desaparecido enteramente en la tormenta revolucionaria. Ápenas habian quedado algunos restos de él, escapados de la prision, del cadalso y ocultos en las casas particulares, como santas reliquias, y siempre por la heroica abnegacion de las mujeres. El clero, por consiguiente, no tenia ya accion pública para el ejercicio del culto católico, y mucho ménos podia restablecerlo. Pues bien, lo que el clero no pudo hacer entónces, porque no existia, ó porque se hallaba como si no existiese, lo hicieron las mujeres. Ocupando el lugar que la desaparicion de los sacerdotes habia de-

jado vacío, se hicieron, en cierto modo, sacerdotes ellas mismas. Ellas se encargaron de cumplir á su manera, en cuanto es posible á una mujer, la acción del sacerdote para la conservación, la defensa y la restauración del Catolicismo. Y no porque este sacerdocio nuevo fué ejercido por las mujeres dejó de producir los más felices resultados. En aquella época de persecución de parte de los bárbaros de la civilización cristiana, la mujer francesa renovó, en una grande escala, los prodigios de celo, de valor y de abnegación que la mujer romana obró, como hemos visto ya, en la época de la persecución hecha por los bárbaros de la civilización pagana, y muchas veces encontró también su recompensa en un martirio glorioso. No pudiendo adorar en público al verdadero Dios, las mujeres continuaron adorándolo en secreto en sus casas particulares, que habían convertido en capillas, y que habían sustituido á las iglesias cerradas ó prostituidas á usos profanos. Así, pues, por causa de las mujeres, la ofrenda augusta del sacrificio del Cordero divino no cesó en el suelo francés, y su sangre preciosa continuó derramándose sobre el altar en expiación del crimen que la perseguía. Por las mujeres se continuaba en el seno de las familias la instrucción parroquial de la infancia; por las mujeres, á falta del apostolado de la predicación y de los sacramentos, se ejerció al menos el apostolado de la exhortación, del buen ejemplo, de la oración y de la caridad. Finalmente, por las mujeres, como por las verdaderas vestales de la Iglesia, se conservó el fuego sagrado del espíritu católico en la nación cristianísima.

Y cuando Napoleón I, haciéndose superior á las preocupaciones impías que le rodeaban por todas partes, restituyó á las iglesias su culto y á la Francia su Dios, no cedió ciertamente á las súplicas de los hombres, sino á los deseos que las mujeres habían manifestado por su constante repugnancia en participar de los sacrilegios ridículos de los nuevos cultos del Estado. En efecto, siendo aquel grande hombre profundo conocedor de los hombres y de la sociedad, no ignoraba ni podía ignorar que, en materia de religión, ante todo es necesario consultar las simpatías de las mujeres, porque nada hay posible sino lo que es conforme á estas simpatías; ellas forman la ley; por medio de las mujeres (que son el corazón de la humanidad) se manifiestan los verdaderos instintos, los verdaderos sentimientos, las verdaderas necesidades religiosas del país;

y satisfacer en este punto á la mujer, es satisfacer al país y afianzar en él el poder público.

La oración de la mujer católica contribuyó mucho á esta restauración del Catolicismo en Francia. En presencia del odioso y repugnante espectáculo, jamás visto en época alguna, de las prostitutas vivientes colocadas en los altares, y recibiendo el incienso que sólo se debe al Santo de los santos, la mujer católica, herida en su corazón (porque estaba herida en su fe y en su pudor), moría de dolor. ¡Oh, cuántas mártires hubo entonces en el secreto de los muros domésticos! Pero al morir hacían subir hasta el trono del Altísimo, como un agradable perfume, la oración que se exhalaba de su casto corazón por la conservación de la fe católica en su amada patria, y mientras que el viento se llevaba el humo impuro que se elevaba en la atmósfera pesada con el incienso que se ofrecía á la voluptuosidad divinizada, la oración de la mujer mártir penetraba los cielos y hacía descender el rocío precioso que fecundó de nuevo el suelo de Francia, é hizo que naciesen nuevos gérmenes de fe, nuevos frutos de virtud, y atrajo sobre él nuevas bendiciones.

Más tarde, furioso el genio del mal de ver que, lejos de haber perecido el Catolicismo en Francia, se había conservado siempre en ella, procuró de nuevo destruir por medio de la ciencia el coloso que no había podido derribar por medio de la fuerza. La literatura, la novela, la filosofía, la medicina, la astronomía, la física, la química y la historia natural se coligaron contra la religión. Todas las obras que el siglo XVIII había dado á luz contra el Cristianismo y contra toda religión, se reimprimieron y se pusieron al alcance de todo el mundo. Cerca de cinco millones de volúmenes de aquellas funestas obras salieron de las prensas francesas, sin contar los periódicos impíos, impresos á cuarenta, á sesenta y aún á ochenta mil ejemplares, en los que aquellas obras eran incesantemente anunciadas y exaltadas, y sus doctrinas eran comentadas, compendiadas, presentadas bajo todas las formas, y no tanto recomendadas como impuestas á todo el mundo. La Francia se vió inundada de ellas, y por la Francia la Europa, y por la Europa el mundo. Ni antes del año de 93 (1), ni después de él, se había visto jamás se-

(1) Antes del año de 1789 no se habían hecho más que tres ediciones de las obras de Voltaire, de Diderot y de Rousseau. Durante la revolución no se hizo más que una sola; bajo el consulado y el imperio, ninguna; Napoleón I,

mejante diluvio de producciones impías. El clero, desacreditado, calumniado, difamado y puesto en ridículo, no tenía poder para detener el mal ni para hacer el bien; se ponían en ridículo sus amonestaciones y se ahogaban sus quejas. «Estos son los gritos y las lágrimas hipócritas del partido clerical», decían, y no hacían el menor aprecio de ellas. El gobierno mismo, acometido de una ceguera incomprensible, porque se había hecho filósofo, parecía que veía con gozo la destrucción de todo lo que hubiera podido sostenerle, y aún parece que se complacía en las horribles devastaciones (1) que este desbordamiento de impiedad causaba por todas partes, y bajo las que él mismo debía sepultarse. La juventud, á ejemplo del hombre proveyo, y el pueblo, á ejemplo del poder, se avergonzaban de parecer cristianos. Todos saben lo que sucedía entonces en los colegios, y cómo eran acogidas las palabras del clero, que manifestaban á la autoridad la corrupción, los sacrilegios y la impiedad que en ellos había. Apenas se veían hombres en las iglesias; la religión práctica desaparecía con una terrible rapidez (2), llevándose consigo los pocos principios y los pocos sentimientos de fe que habían quedado; el siglo XIX parecía querer acabar lo que el siglo XVIII había comenzado.

Felizmente esta religión, que los hombres habían abandonado cobardemente, continuó siendo observada por las mujeres. Es más: ellas habían redoblado su celo en practicarla, á proporción de los

que disponía de un millón de bayonetas y que tenía el prestigio de tantas batallas como había ganado, decía: «Yo no creo que puedo gobernar á un pueblo que lea á Rousseau y Voltaire.» Parece que el gobierno que le siguió se creía más fuerte y miraba esta lectura como una bagatela, porque desde 1815 á 1820 las obras de estos autores tuvieron catorce ediciones completas. ¡Si, completas! Esta era la palabra; porque se reimprimió entonces aún la única novela de Diderot que en la edición de las obras completas de este escritor, hecha en 1794 (nótese bien la época), se había suprimido por demasiado inmoral.

(1) Los personajes mismos de la corte estaban suscritos á las ediciones de *Tonquet*. No se encontraban ejemplares en su librería, ni aún en sus almacenes. Se veían los volúmenes de estas ediciones ricamente encuadernados y colocados en los salones de algunos ministros, donde ménos se hubiera podido esperar encontrarlos.

(2) Las comuniones pascuales en París, que bajo el imperio se habían elevado sucesivamente hasta el número de ochenta mil, en 1830, ántes de la revolución de Julio, habían descendido á treinta mil.

esfuerzos que hacían los hombres para ponerla fuera de la moda, como decían, y hacerla olvidar. Sus santos artificios por hacer valer el mérito especial de los grandes oradores sagrados que Dios había suscitado para reconciliar la ciencia con la religión, consiguieron hacerlos apreciar de todos, y su devoción en concurrir á las iglesias acabó por atraer los hombres á ellas. Al mismo tiempo, con su perseverancia en perpetuar en el interior de sus familias la enseñanza cristiana neutralizaban en cierta manera la enseñanza irreligiosa, el volterianismo, que ocupaba cuasi todas las cátedras del Estado; y con su celo sin fanatismo, con sus instancias sin importunidad, con sus instrucciones, cuya oportunidad y cuyas formas revelaban la importancia de la materia, y sobre todo, con el ejemplo de devoción que ellas daban en sus casas particulares, destruían en secreto el edificio de la impiedad, que la desvergüenza y el cinismo de una ciencia llamada filosófica, y que en el fondo no era más que indiferente, incrédula ó atea, se esforzaba en elevar con su enseñanza en las escuelas públicas. De este modo conservaron las mujeres en el seno de las familias, en aquella época funesta, con la antorcha de la fe, los sentimientos religiosos y los principios del Catolicismo. Por ellas se veía entonces, como se ve en el día de hoy, un gran número de almas que habían abandonado la religión y se habían extraviado en los caminos de la incredulidad ó de la indiferencia, volver á la religión, entrar de nuevo en el redil de la Iglesia, y vivir y morir en ella como verdaderos cristianos. «La Francia volteriana, dice un escritor cuyas doctrinas filosóficas y políticas no profesamos nosotros; la Francia volteriana no dejó de estar más próxima á la unidad religiosa que ciertas naciones vastas, creyentes, pero cismáticas. Si un miembro de una familia griega ó protestante se inclina hácia el centro pastoral, todo se opone á sus ideas. Pero entre nosotros, si un hijo pródigo vuelve, todo se allana ante él, las voces más cariñosas y más dulces le llaman y le alientan. La mujer francesa está reservada por la Providencia para desempeñar el ministerio de mediadora. Lo mismo que la mujer judía (del Evangelio), no ha negado ella ni ha entregado al Señor. La Francia ha dejado (por la mujer) en el seno de la Iglesia su mejor mano, la mano del corazón. La fuerza oculta del Catolicismo está en ella (en la fe de la mujer), y en ella está también la superioridad de la Francia.» (*La Gaule démocratique*, por M. L.)

Así, pues, si á pesar de los esfuerzos satánicos que se han hecho por espacio de más de un siglo para *descatolizar* á la Francia, la Francia es todavía católica, y la primera de las naciones católicas; si, á pesar de todo lo que el genio del mal ha hecho en el último siglo para destruir el Catolicismo en Francia, el Catolicismo no ha perecido en ella, sino que ha salido más puro de sus pruebas, más fuerte de sus persecuciones y más glorioso de sus derrotas; si, á pesar de las tentativas, más terribles aún, que el genio del mal ha renovado en nuestro siglo para derribar en ese país por medio de la ciencia el Catolicismo, que no había podido aniquilar por medio de la guillotina ó de la espada, el Catolicismo permanece aún radiante de una luz más resplandeciente, no sólo en el suelo francés, sino también por todo el mundo, donde es llevado en medio de naciones bárbaras por el celo de los hijos de Francia, esto se debe principalmente á las mujeres; y nada es más cierto que estas palabras, que un hombre tan célebre por su talento como por el abuso deplorabile que hizo de él, nos decía en Roma, veintidos años há: «Las mujeres son lo mejor que tiene Francia. Las mujeres han sido las que han conservado el Catolicismo en Francia.»

§ LXXI.—Celo de la mujer católica de nuestros días por la propagación del Catolicismo.—La obra de la *propagación de la fe*, imaginada por ella, es sostenida y propagada por ella misma.—Cuadro patético del apostolado de las mujeres que siguen á los misioneros en todas las partes del mundo.—Nueva gloria de la Francia.—Apostolado de la mujer católica en el interior.—Santas hijas, apóstoles de sus parroquias, sin ser religiosas.—Magnífica pintura de la caridad parisiense, por M. Cormenin.—La mujer es el alma y el sosten de todas las obras de religión y de caridad en Francia.—Conclusion de la segunda parte de esta obra.

El celo de la mujer católica por propagar el Catolicismo no ha sido ménos ardiente, ménos activo, ménos ingenioso ni ménos liberal que su celo por conservarlo.

En el capítulo ix de San Mateo dice Jesucristo: «La mies es abundante, pero los operarios son pocos. Pedid, pues, al Señor de la mies que envíe operarios á ella.» En otro lugar dice el mismo Salvador: «Proporcionaos amigos con el dinero de la iniquidad, á fin de que á vuestra muerte os reciban en los tabernáculos eternos.»

(Luc., xvi.) Sobre estos dos pasajes del Evangelio se fundó la *Obra admirable de la propagación de la fe*, que no es otra cosa que una asociación piadosa de oraciones y de limosnas, con el objeto de multiplicar el número de los nuevos apóstoles de la fe y ayudarles. Con la oración se hace descender de lo alto la gracia que forma esos apóstoles, y con la limosna se les proporcionan los medios materiales de su apostolado. Sola una corta oración cada día, y una pequeña limosna de algunos cuartos al mes, es lo que se pide á los asociados, á fin de que todos puedan tomar parte en ella, por débil que sea su piedad y por corta que sea su fortuna. Pero habiendo tomado la obra en pocos años proporciones inmensas, la suma de las oraciones que en ella se hacen y de las limosnas que en ella se reúnen es inmensa también; y por causa de estas oraciones que en todos los instantes y en todos los puntos de la tierra se elevan al cielo pidiéndole *operarios para la siega de las almas, que está preparada en todo el mundo*, y por causa de estas limosnas que circulan y penetran por todas partes, nuestros misioneros, los verdaderos conquistadores de la fe sobre la superstición, y de la civilización sobre la barbarie, se multiplican y reciben todo cuanto necesitan para no tener que recurrir á los mismos por quienes se sacrifican, para conservar su independencia en medio de aquellos á quienes evangelizan, y para improvisar cristiandades, pobres de todos los recursos humanos, pero ricas de méritos y de virtudes, y sostenerlas. ¡Grande y sublime institución, por la que la humilde oración del niño y de la doncella se convierten en semilla de predicación; la limosna modesta del trabajador, del soldado y del pobre se convierten en un medio de redención, y el mérito del apostolado se hace accesible á todo el mundo! Pues bien, esta institución se ha formado en nuestros días en Francia, el país de la adhesión generosa á los intereses de la Iglesia y al bien de la humanidad, y ha sido un pensamiento, ó más bien un impulso del corazón de la mujer católica. «La asociación de la propagación de la fe cristiana por toda la tierra, dice Mr. Rohrbacher, comenzó hácia el año de 1822 por unas humildes y piadosas trabajadoras de Lyon, la ciudad de San Ireneo y de Santa Blandina; y desde allí, bendecida por la cabeza de la Iglesia, extendió sus ramas por todas las naciones católicas y sus frutos de salvación por todas las naciones infieles. En los primeros siglos hemos visto á la nación de los héroes convertida por una pia-